

# La confesión pendiente de la economía española



HERALDO

Ahora que el Gobierno de España parece haber descubierto con entusiasmo las virtudes del lenguaje religioso y las referencias al catolicismo, quizá sea oportuno recordar que una buena confesión exige mucho más que gestos simbólicos. Requiere examen de conciencia, propósito de enmienda y contrición. Y si aplicamos estos principios a la economía española, el resultado dista mucho de ser tranquilizador.

La tradición espiritual española ofrece ejemplos extraordinarios. San Juan de la Cruz advertía sobre los peligros de la autocomplacencia y de la falsa seguridad que conduce al estancamiento. Del mismo modo, los maestros de la Escuela de Salamanca, desde Francisco de Vitoria hasta Martín de Azpilcueta, insistieron en que la prosperidad económica no podía sustentarse sobre ilusiones, sino sobre realidades sólidas, instituciones eficaces y comportamientos responsables.

Quizá convendría recuperar esas enseñanzas.

Comencemos por el examen de conciencia. Aquí sería injusto negar los hechos. La economía española ha mostrado una notable capacidad de crecimiento durante los últimos años. El empleo alcanza cifras elevadas, el turismo continúa siendo un motor fundamental y nuestro país ha registrado tasas de crecimiento superiores a las de muchas economías europeas. Estos datos son ciertos y deben reconocerse.

Sin embargo, una confesión sincera exige también reconocer las debilidades. Y en este terreno aparecen problemas que el Gobierno parece empeñado en minimizar. El primero es la baja productividad, el gran pecado estructural de nuestra economía. España crea empleo, pero no logra incrementar suficientemente la producción por trabajador. Sin productividad no hay salarios altos, no hay competitividad y no

hay crecimiento sostenible.

A ello se añade la ausencia de reformas estructurales de alcance. Desde hace años se habla de mejorar la educación, impulsar la innovación, simplificar la regulación, reducir la burocracia o favorecer el crecimiento empresarial. Sin embargo, las transformaciones necesarias siguen sin llegar. Como dirían los teólogos salmantinos, conocemos el mal, pero no actuamos para corregirlo.

Tampoco puede ignorarse el problema creciente del absentismo laboral. Sus costes económicos y sociales son enormes, afectan a la competitividad de las empresas y deterioran la capacidad de crecimiento de la economía. Sin embargo, apenas ocupa espacio en el debate político. Parece haberse impuesto la idea de que los problemas desaparecen simplemente dejando de hablar de ellos.

Si pasamos al propósito de enmienda, la situación resulta aún más preocupante. Porque la impresión general es que este propósito simplemente no existe. No se aprecia una estrategia coherente destinada a corregir los desequilibrios estructurales que lastran nuestro potencial económico. Las decisiones adoptadas responden con demasiada frecuencia a necesidades políticas inmediatas y no a una visión de largo plazo.

En descargo del ministro de Economía, Carlos Cuerpo, debe reconocerse que su actuación se encuentra condicionada por las exigencias de los sectores más intervencionistas de la coalición gubernamental y, particularmente, por las continuas propuestas impulsadas desde el entorno de Yolanda Díaz. Pero incluso admitiendo esas limitaciones, resulta difícil identificar una voluntad reformista capaz de afrontar los desafíos que España tiene ante sí.

Llegamos así a la contrición, el elemento decisivo de toda confesión verdadera. Y aquí es donde el panorama resulta más inquietante. Porque la contrición exige reconocer el riesgo antes de que

sea demasiado tarde. Exige comprender que los ciclos económicos favorables no son eternos y que los milagros rara vez sobreviven a la complacencia.

La economía española sigue creciendo, pero empiezan a aparecer señales que deberían invitar a la prudencia. La productividad permanece estancada, la inversión privada pierde dinamismo, el endeudamiento público continúa siendo muy elevado y

«No se aprecia una estrategia coherente destinada a corregir los desequilibrios estructurales que lastran nuestro potencial»

los grandes desafíos demográficos se acercan con rapidez. Nada de ello anuncia un colapso inmediato, pero sí el posible agotamiento de un ciclo excepcionalmente favorable.

Lo verdaderamente preocupante es que nuestros responsables económicos parecen incapaces de visualizar este escenario. Como advertía San Juan de la Cruz, la mayor oscuridad es aquella que se confunde con la luz. Y existe el riesgo de que el éxito coyuntural de hoy oculte los problemas estructurales que determinarán nuestro futuro.

España aún dispone de fortalezas suficientes para afrontar estos desafíos. Pero para ello resulta imprescindible abandonar la autocomplacencia. Los maestros de la Escuela de Salamanca enseñaron que la buena gobernanza exige prudencia, responsabilidad y respeto por la realidad. Precisamente lo mismo que exige una buena confesión.

Quizá haya llegado el momento de que el Gobierno, y muy especialmente el vicepresidente económico, Carlos Cuerpo, la hagan de verdad. Porque sin examen de conciencia sincero, sin propósito de enmienda y sin contrición auténtica, no hay absolución posible. Tampoco en economía.